

VISIÓN DE UN APRENDIZ DE ENFERMERÍA

La enfermería es una disciplina profesional que está en continua actualización ya que cambia con una rapidez asombrosa y el proceso de adaptación a cada nueva situación es esencial y veloz. Su principal objetivo es el cuidado del enfermo y es un compromiso social lleno de responsabilidad que contribuye a la mejoría física y psíquica del paciente. Sin embargo, es mucho más que eso, es un compartir nuestra experiencia humana con las personas que necesitan ayuda desde el respeto, la comprensión y la presencia.

Ser enfermero no es sólo aprender determinadas técnicas sino que implica una formación integral llena de posibilidades. Es un aprender para avanzar cada día en el cuidado del enfermo dándole calidad de vida y grandes dosis de ánimo. Ante todo, tenemos que ser buenas personas con gran capacidad de comunicación y de acercamiento a los demás.

Para ser un buen profesional de la enfermería tenemos que tener claro cuál es nuestro trabajo y en qué consiste, y dignificarlo cada día junto con una creciente formación para saber actuar en cada situación por difícil que ésta sea. No sólo se trabaja con enfermos, también se trabaja diariamente con máquinas y hay que conocerlas perfectamente para saber cómo funcionan correctamente.

La enfermería no es sólo una profesión sino una vocación; es repartir en nuestra sociedad amor y esperanza a través de unos cuidados precisos y unas palabras de aliento y, por ello, debemos poner nuestros cinco sentidos en auxiliar a una persona que necesita ayuda mirándola a los ojos y ofreciéndole fuerza y positividad en un difícil momento de su vida. Así, el enfermero debe ser un gran comunicador para ofrecer las respuestas necesarias tanto al paciente como a la familia, sabiendo empatizar para prestar la ayuda más eficaz; otras veces, debe saber manejar el silencio sabiendo que únicamente su propia presencia es el alivio que puede dar. Por lo tanto, sería una gran necesidad definir a estos profesionales de la salud como los encargados de realizar las curas al paciente, sino que acompañan a otro nivel; ser enfermero es algo más complejo que eso y está lleno de matices tanto técnicos como humanos.

Si nos vamos a nuestra propia experiencia de vida todos hemos llegado al mundo entre las manos de estos grandes profesionales; ellos han sido los que nos han tomado entre sus brazos al nacer y nos han regalado toda clase de cuidados. Es realmente tierno

cómo estos humanos profesionales cuidan a esos diminutos bebés y les dan su bienvenida al mundo de una forma tan agradable y cariñosa.

En nuestro transcurrir por la vida, todos hemos tenido contacto con los enfermeros, ya que, de una u otra forma, ellos siempre han estado ahí vigilantes y sanando con su misma sonrisa. Yo tengo la suerte de haber conocido a muchos de estos “ángeles de la guarda” que se hacen llamar enfermeros y que han pasado por mi vida dejando profunda huella, dando lo mejor de sí mismos más allá de un trabajo y un salario. Ellos estuvieron ahí y nunca me dejaron solo, me confortaron con sus palabras de ánimo, me escucharon, me apoyé en ellos y lloré sobre sus hombros. No hay nada que pague su cuidado y mi gratitud será eterna.

Su vocación les lleva a ser los héroes en los momentos difíciles; no vuelan ni hacen magia pero sus cuidados sanan todas nuestras heridas, sus palabras de aliento tranquilizan a la persona más nerviosa y sus miradas de ánimo animan al más abatido. Estar a su lado es sentirse seguros y llenos de confianza porque a través de sus conocimientos, sus cuidados y sus expertas manos sabemos que todo va a ir bien.

El enfermero no sólo cura al paciente sino que les acompañan siempre: ellos están ahí ante el sufrimiento, ante el miedo, ante el desconocimiento, ante la duda,... infundiendo valor para poder seguir siempre adelante. La enfermería es la profesión más humana que existe porque su trabajo es reparar a las personas, ya sea con unos puntos de sutura como con unas palabras positivas que sólo con decirlas sanan. En sus miradas hay franqueza y al mismo tiempo aplomo; hay sabiduría mezclada con un toque de humor para hacer el momento menos tenso; hay agilidad en realizar con prontitud un trabajo bien hecho en una urgencia, como una paciencia infinita a los pies de la cama de un enfermo que sufre; hay alegría de un nacimiento, junto con las contenidas lágrimas por aquel moribundo que cuenta sus últimos minutos. Nunca nos sentimos solos ante la enfermedad porque ellos están ahí, siempre vigilantes.

Desgraciadamente, también hay momentos en el desempeño de su carrera profesional en los que deben pasar literalmente miedo ante algunas circunstancias desfavorables de su trabajo donde se encuentran con personas maleducadas y egoístas que profieren insultos amenazadores o, a veces, les llegan hasta a agredir. Ahí se vuelve a manifestar la fortaleza del enfermero y, cómo aferrándose a su verdadera vocación, son capaces de tomar las riendas de estas tremendas situaciones y seguir adelante con su trabajo e, incluso, esbozar una sonrisa sin perder los nervios. He comprobado cómo esa

calma en los momentos difíciles les imprime carácter y no les hace falta sacar ninguna varita mágica para apaciguar los ánimos de todos los pacientes, dándoles tranquilidad, confianza y sosiego.

He de hacer hincapié nuevamente en que la disciplina enfermera es un trabajo constante y una labor que se realiza a diario, ya que siempre hay que estar alerta y activo ante cualquier situación de emergencia. Y, por este motivo, hay que estar formado y revisar constantemente los conocimientos adquiridos, introduciendo todas las buenas innovaciones en la profesión, aquellas que otorguen mayor calidad de vida al paciente. Este profesional de la salud tiene una vida de sacrificio constante por el bien de la sociedad y de la humanidad; sin embargo, no pesa porque ser enfermero se lleva en las venas. Esta profesión no es para todos ni se puede forzar ya que no es algo que sólo se puede aprender con conocimientos y práctica, sino que su elección tiene que ser vocacional, pues se es enfermero las veinticuatro horas del día. La enfermedad no da tregua y hay que sacrificar muchas veces la propia vida personal para ayudar y confortar a otros que sufren: ahí radica la grandeza del enfermero. No se cuentan las horas que se pasa en el trabajo sino todas las caras que has visto sonreír, todos los pacientes que se han marchado más tranquilos y cuidados a sus hogares, todos los rostros que han cambiado una mueca de dolor por otra de alegría, porque no hay mejor medicina que sentirse cuidado, querido y confortado.

Esta profesión nos elige, a la mayoría, desde pequeños. Siempre hemos sentido el deseo de ayudar a los que nos rodean aportando a la sociedad lo mejor de nosotros mismos y llegar a casa cada día con la satisfacción de haber mejorado nuestro mundo un poquito, de haber ayudado a alguien a ser más feliz. Como decía Santa Teresa de Jesús: “No puedo permitir que nadie se vaya de mi lado sin que se vaya mejor de los que ha venido”. Yo necesito ser enfermero para poder devolver con gratitud todo lo que me han dado a lo largo de mi vida todos estos profesionales de la salud. Quiero imitar todo el bien que me han hecho y toda la ayuda prestada y, a mi vez, poder ofrecerla a los que más nos necesitan, los enfermos. Sé que puedo donarme a este servicio a la sociedad porque es mi vocación, para lo que el mundo me llama.

El Aprendiz